

cubierto de helechos; pues bien, si las raíces de esta planta no son un alimento muy agradable, por lo menos contienen muchos principios nutritivos; por lo cual puede un indígena estar seguro de no morir de hambre, alimentándose con esas raíces y con conchas, que abundan en extremo en todas las regiones de la costa. En todas las aldeas lo primero que se ve son unas plataformas sostenidas en cuatro postas (1) y á 10 ó 12 pies sobre el suelo, donde se colocan las cosechas para ponerlas al abrigo de toda clase de accidentes.

Nos acercamos á una de las chozas y veo un espectáculo que me divierte mucho: la ceremonia del frote de las narices. En cuanto nos ven acercarnos empiezan las mujeres á salmodiar en el tono más melancólico y luego se sientan sobre los talones, con la cara vuelta hacia afuera. Aproximase mi compañero sucesivamente á cada una de ellas, y coloca la nariz en ángulo recto con la de ella; apretándola con bastante fuerza. Esta operación dura un poco más que nuestro ordinario apretón de manos; y también como nosotros apretamos más ó menos fuerte, según el afecto, así hacen ellos; añadiendo durante la ceremonia pequeños gruñidos de satisfacción, muy parecidos á los que producen dos cerdos que se rascan uno con otro. Observo que el esclavo se frota la nariz con todo el que encuentra en el camino, sin cuidarse de dar la primacía á su amo. Aunque entre estos salvajes tienen los jefes derecho absoluto de vida y muerte sobre sus esclavos, hay falta absoluta de etiqueta entre unos y otros. Mr. Burchell ha visto lo mismo entre los groseros bachapines que habitan el Africa meridional.

(1) Especie de *kórreos*.—B. A.

Dondequiera que la civilización alcanza cierto grado, se producen en el acto gran número de formalidades entre los individuos que pertenecen á clases diferentes: en Taití está todo el mundo obligado á descubrirse hasta la cintura en presencia del rey.

Cuando acabó mi acompañante de frotarse la nariz, con todos los individuos presentes, nos sentamos en círculo delante de una de las chozas y descansamos una media hora. Todas las chozas tienen casi la misma forma y tamaño, y todas se parecen en otra cosa, esto es, en que están tan abominablemente sucias las unas como las otras. Parecen establos abiertos por un extremo: en el interior tienen un tabique con un orificio cuadrado, lo que constituye una pequeña habitación muy oscura. Allí es donde los indígenas conservan todo lo que tienen, y donde se acuestan cuando hace frío; pero comen y pasan el día en la parte abierta. Cuando mis guías acabaron de fumar su pipa, volvimos á emprender el camino. El sendero sigue cruzando un país ondulado cubierto en todas partes de helechos. A nuestra derecha vemos un riachuelo que describe numerosas vueltas; las orillas están pobladas de árboles y también se ven arbustos y malezas en las faldas de las colinas. A pesar de su color verde parece el paisaje desolado; la vista de tanto helecho da idea de la esterilidad; opinión, sin embargo, incorrecta, puesto que dondequiera que los helechos se dan bien, hay seguridad de que el suelo será muy fértil si se lo labra. Creen algunos residentes que en otras épocas estaba todo este país cubierto de bosques, que han sido destruidos por el fuego. Se dice que cavando en los puntos más descubiertos se encuentran pedazos de resina como la que corre del pino de Kauri. Sin duda han tenido los indígenas motivo para destruir esas sel-

vas, puesto que los helechos que les proporcionaban buen alimento, no crecen sino en los lugares abiertos. La casi completa falta de otras especies de gramíneas, notable caracter de la vegetación de estas islas, puede explicarse tal vez por el hecho de que en lo antiguo se hallaban estos campos del todo cubiertos por las selvas.

El terreno es volcánico; en algunos puntos pasamos sobre corrientes de lava, y en algunas colinas próximas se distinguen cráteres. Mucho placer me proporciona este paseo, aunque en ningún sentido sea hermoso el país; y aun me hubiese agradado más, si mi compañero, el jefe, no hubiera sido un detestable parlanchín. Yo no sabía más que tres palabras de la lengua: «bueno, malo y sí.» Alternativamente las iba empleando para contestar á todo lo que me decía, por supuesto, sin entender ni una palabra de su discurso. El parecía estar muy satisfecho de encontrar persona que prestase tan grande atención á sus palabras, por lo cual no cesó un sólo instante de hablarme.

Por fin llegamos á Waimate. Después de haber atravesado un país deshabitado é inculto de tantas millas de extensión, nada tan grato como encontrarse de improviso ante una granja inglesa, rodeada de campos bien labrados. No está en su casa Mr. Williams, pero Mr. Davies, me recibe del modo más afectuoso. Después de haber tomado el the con su familia vamos á dar un paseo por la granja. Tres grandes casas hay en Waimate, donde residen los misioneros Mr. Williams, Davies y Clark; y cerca de ellas están las chozas de los braceros indígenas. En una colonia próxima se ven hazas magníficas de trigo y de cebada; en otros puntos, campos de patatas y de tréboles. No puedo describir todo lo que he visto: grandes jardines, donde se hallan todas las frutas y

todas las legumbres de Inglaterra y otras muchas pertenecientes á climas más cálidos; pudiendo citar como ejemplo: el espárrago, la judía, el cohombro, el ruibarbo, la manzana, la pera, el higo, el melocotón, el albaricoque, las uvas, la aceituna, la grosella, la mora y el lúpulo; los brezos forman los cercados y de trecho en trecho se ven algunas encinas; cultivándose también muchas especies de flores. Alrededor del patio de la granja, establos, una era para separar el trigo, una máquina de aechar, una fragua; sobre el suelo carros y otros instrumentos agrícolas; en medio del patio, cerdos y gallinas que parecen gozar de la misma felicidad que en una hacienda inglesa. A unos cuantos cientos de metros se ha encauzado un arroyuelo y se ha establecido un molino de agua.

Todo esto es tanto más sorprendente cuanto que hace cinco años no se veían aquí más que helechos; y los que han ejecutado estos trabajos son obreros indígenas. Neo-zelandeses son los que han edificado las casas, los que han hecho las ventanas, los que han labrado los campos, los que han ingertado los árboles. En el molino he visto á un neo-zelandés todo enharinado como su compañero el molinero inglés. Estas escenas me han llenado de admiración; pero no proviene tanto esta admiración de creerme vuelto á Inglaterra—y sin embargo al cerrar la noche los ruidos domésticos que hieren mis oídos, los campos de trigo que me rodean hacen la ilusión completa, y hubiera podido creerme de regreso en mi país—no proviene tanto del legítimo orgullo que me causa la vista de los progresos obtenidos por mis compatriotas, como de la esperanza que este espectáculo me inspira para el porvenir de esta hermosa isla.

Varios jóvenes rescatados por los misioneros están

empleados en la granja; llevan camisa, pantalón y chaqueta y tienen aire muy respetable. Si puede juzgarse por un detalle insignificante, creo que han de ser honrados. Uno de estos labradores se acercó á Mr. Davies, cuando estábamos paseando por la granja, para entregarle un cuchillo, y una barrena que había encontrado en el camino, y que no sabía, dijo, de quien serían. Parecen estar muy satisfechos. Por las tardes juegan á los caballitos con los hijos de los misioneros, lo que no deja de hacerme reir pensando en lo que se moteja á los misioneros de llevar su austeridad hasta el absurdo. El aspecto de las muchachas que sirven de criadas en el interior de las casas me choca todavía más. Están tan limpias, tan bien vestidas y parecen disfrutar de tan buena salud como las domésticas de las haciendas de Inglaterra, lo que contrasta de un modo sorprendente con las mujeres que habitan las innobles chozas de Kororadika. Quisieron las esposas de los misioneros convencerlas para que renunciaran al tatuaje; pero un día apareció un famoso operador del Sur de la isla y no pudieron resistir á la tentación. «Es preciso, dijeron, que nos hagamos pintar algunas líneas en los labios, porque sino cuando seamos viejas y se nos arrugue la boca vamos á estar demasiado feas.» La moda del tatuaje tiende á desaparecer, y tal vez dure más por ser un signo distintivo entre el amo y el esclavo. Es raro lo pronto que nos acostumbramos á lo que nos pareció más extraordinario; así sucede que los misioneros mismos encuentran falta de algo importante á una cara cuando no está tatuada y no les parece entonces el rostro de un caballero de Nueva-Zelanda.

Al caer la tarde me vuelvo á casa de Mr. Williams, donde he de pernoctar.

Encuentro allí muchos niños reunidos para celebrar la Noche-Buena; todos están sentados alrededor de una gran mesa y tomando té. ¡Nunca he visto grupo más lindo de niños, ni más alegre; y admira pensar que esto se ve en una isla donde el canibalismo, el asesinato y todos los crímenes más atroces reinan como en propio dominio! Por otra parte, hasta los mismos jefes de la casa de la Misión parecen disfrutar de la alegría y de la felicidad que respiran todas estas caritas.

24 de Diciembre.—Dícese la oración de la mañana en neo-zelandés en presencia de toda la familia. Después del desayuno me voy á pasear por el patio y por la huerta. Es día de mercado; los indígenas de las cercanías llevan sus patatas, su maíz y sus cochinos, que cambian por mantas y por tabaco; á veces á fuerza de persuasiones logran los misioneros que compren un poco de jabón. El hijo mayor de Mr. Davies, que explota una finca es el jefe superior del mercado. Los hijos de los misioneros que han venido jóvenes á vivir en la isla comprenden la lengua indígena mejor que sus padres, y también se hacen obedecer mejor que ellos por los salvajes.

Un poco antes del mediodía me llevaron, M. Williams y M. Davies á una selva inmediata para enseñarme los famosos *pinos Kauris*. Medí uno de estos magníficos árboles y por encima de las mismas raíces tiene 31 pies de circunferencia. A cierta distancia hay otro, demasiado lejos para que yo vaya á verlo, que tiene 33 pies de circunferencia, y otro me han citado que tiene 40. Son muy notables estos árboles porque tienen el tronco liso y cilíndrico y que se eleva hasta una altura de 60 pies y á veces hasta de 90 pies, conservando en toda esta extensión casi el mismo diáme-

tro y sin una sola rama. La copa es pequeñísima en comparación del tronco y las hojas muy pequeñas respecto de las ramas. Esta selva está casi en totalidad formada por los *kauris*; el paralelismo con que están situados, da á los árboles más grandes al aspecto de gigantescas columnas de madera. Esta madera es la producción más preciosa de la isla; además sale del tronco una gran cantidad de resina, que entonces se les vendía á los americanos á 10 céntimos la libra (1), porque en realidad no conocían sus usos. Parece que algunos de los bosques de Nueva-Zelanda deben ser completamente impenetrables; pues me ha contado M. Matthews que conocía uno que no tendría menos de 34 millas de ancho, que separa dos regiones habitadas y que acababa de atravesar por primera vez. Acompañado por otro misionero, y cada uno á la cabeza de cincuenta hombres, trató de abrirse paso á través de esta selva; y sólo pudieron lograrlo después de quince días de trabajo. Muy pocos pájaros he visto en el monte. En cuanto á los demás animales, es muy raro que en una isla de más de 700 millas de Norte á Sur, y en muchos puntos de 90 millas de ancho, que tiene localidades muy diversas, un buen clima y terrenos situados á todas las alturas desde el nivel del mar hasta 14.000 pies, no tenga más que un ratón representando á los animales indígenas. Varias especies de pájaros gigantescos, pertenecientes á la familia de los *deinornis*, parecen haber reemplazado aquí á los mamíferos, como todavía los reemplazan los reptiles en el archipiélago de las Galápagos. Se dice que el ratón común de Noruega, ha destruido en dos años al de

(1) Es probable que los 10 céntimos fuesen de *dollar* ó de peso.—B. A.

Nueva-Zelanda en todo el Norte de la isla. En muchos puntos he encontrado varias especies de plantas que, lo mismo que los ratones, he conocido como compatriotas. Un puerro ha invadido distritos enteros; indudablemente produjo no pocas dificultades, cuando por gran favor lo trajo aquí un barco francés. La bardana común está también muy extendida y será siempre testimonio de la picardía de un inglés que trajo sus semillas en vez de las del tabaco.

Voy á comer con Mr. Williams al volver de este paseo; en un caballo que me prestó vuelvo á la bahía de las islas, dejando á los misioneros después de darles muy espresivas gracias por su afectuosísima acogida y lleno de admiración por su celo y sus sacrificios, pues creo que sería muy difícil encontrar hombres más dignos que lo son éstos de ocupar el importante puesto que tan bien desempeñan.

*Día de Navidad.*—Dentro de pocos días hará cuatro años que salimos de Inglaterra. Celebramos las primeras Navidades en Plymouth; las segundas en la bahía de San Martín, cerca del Cabo de Hornos; las terceras en Puerto Deseado, en Patagonia; las cuartas en un puerto salvaje de la península de Tres Montes; las quintas aquí, y espero que celebraremos las próximas en Inglaterra. Asistimos al Oficio divino en la capilla de Pahia; parte de él se hace en inglés y parte en lengua indígena. Durante nuestra estancia en Nueva Zelanda no hemos oído hablar de actos recientes de canibalismo; pero Mr. Stokes ha encontrado huesos humanos calcinados, esparcidos junto á un hogar en una isleta próxima al lugar en que está anclado nuestro buque; es probable, sin embargo, que los restos de aquel soberbio banquete estuviesen allí desde hace muchos años, puesto que la moralidad del

pais va mejorando muy deprisa. Mr. Buthby refiere un hecho gracioso como prueba de la sinceridad de algunos, al menos, de los indígenas convertidos al cristianismo. Uno de los jóvenes de que he hablado y que leía las oraciones á los otros criados, se despidió. Unas cuantas semanas después tuvo ocasión de pasar de noche y bastante tarde cerca de una casa aislada y vió á este joven que al resplandor de la lumbre les leía la Biblia á varios individuos que había reunido alrededor suyo. Concluida la lectura se arrodillaron todos pararezar y nombraron en sus oraciones á Mr. Buthby, á su familia y á todos los misioneros del distrito.

26 de Diciembre.—Nos ofrece Mr. Buthby á Mr. Sullivan y á mí llevarnos en canoa algunas millas al interior por el río Cawa-Cawa, acompañándonos después á la aldea de Waiomio, donde hay algunas rocas curiosas. Remontamos por uno de los brazos de la bahía, disfrutando de la vista de un paisaje delicioso; seguimos nuestro viaje en barco hasta que llegamos á una aldea desde la cual no es ya el río navegable. Un jefe de esta aldea y algunos hombres salen para acompañarnos hasta Waiomio, que está á unas cuatro millas de aquí. Este jefe era al presente un poco célebre, porque acababa de ahorcar á una de sus mujeres y á un esclavo, culpables de adulterio. Habiéndole dirigido un misionero algunas amonestaciones con ese motivo, le respondió muy sorprendido que creía haber seguido en absoluto el método inglés. El viejo Shongi, que se hallaba en Inglaterra durante el proceso de la reina, no dejaba nunca de decir, cuando se le hablaba de ello, lo muy mal que le parecía aquel proceder. «Cinco mujeres tengo, decía, y preferiría más cortarles la cabeza á todas que someterme á tales molestias por causa de una sola.»

Después de descansar un rato en la aldea, nos vamos á otra, colgada en una colina á poca distancia. Cinco días antes de nuestra llegada había muerto una de las hijas del jefe, que todavía era pagano. Habían quemado la choza en que había muerto, y colocado el cadáver de pie entre dos canoas en el suelo, y rodeado de una empalizada cubierta por las imágenes de sus dioses, talladas en madera; todo esto pintado de rojo, para que pudiera verse desde muy lejos. Las ropas de la muerta estaban atadas al sepulcro, y los cabellos, cortados, colocados á sus pies. Los padres se habían cubierto de heridas los brazos, el cuerpo y la cara, en términos que todavía estaban llenos de coágulos de sangre; las mujeres viejas en este estado se ponen horrosas. Algunos oficiales visitaron á estas gentes al otro día para verlos; las mujeres seguían gimiendo todavía y cortándose la piel.

Siguiendo nuestro paseo no tardamos en llegar á Waiomio. Hay masas de gres originales, que parecen antiguos castillos ruinosos. Estas rocas han servido mucho tiempo para sepultura, y por lo tanto, se consideran como lugares sagrados, y no es posible acercarse demasiado á ellas. Sin embargo, uno de los jóvenes que nos acompañan, exclama: «¡Seamos valientes!» y se lanza hacia adelante; le sigue toda la cuadrilla hasta unos cien metros de la roca, y allí, de común acuerdo, se detienen todos. Debo advertir que nos dejaron visitar este lugar, sin hacernos la menor observación. Descansamos en la aldea algunas horas, durante las cuales ha tenido Mr. Buthby una discusión con un viejo, á propósito del derecho á vender ciertas tierras; el viejo, que parece estar muy fuerte en la genealogía local, indica los poseedores sucesivos de las tierras, clavando en el suelo una serie de estacas. Antes

de abandonar la aldea nos regala á cada uno un cesto de patatas asadas, que nosotros, siguiendo la costumbre, aceptamos para comerlas por el camino. Entre las mujeres ocupadas de guisar he visto un esclavo varón. Humillante oficio debe ser en un pueblo tan guerrero ocuparse en una faena que se considera casi indigna de las mismas mujeres. A los esclavos no se les permite hacer la guerra; pero, ¿es bastante enérgica la privación? Yo he oído hablar de un desgraciado que, durante una batalla, se pasó al enemigo. Dos hombres se apoderaron de él en el acto; pero como no pudieron entenderse respecto de á cual de ellos pertenecía, ambos le amenazaban de muerte con su hacha de piedra, y los dos parecía que se hallaban decididos, por lo menos, á impedir que el otro se lo llevase vivo. La habilidad de la mujer de un jefe salvó á aquel infeliz, que ya estaba medio muerto de miedo. Volvemos á la canoa, y llegamos á bordo de nuestro barco por la tarde, muy tarde.

*30 de Diciembre.*—Después del medio día dejamos la bahía de las islas para dirigirnos á Sydney. Creo que todos nos consideramos dichosos de abandonar la Nueva-Zelanda. Es seguro que no hay en ella cosa agradable. No se encuentra en estos indígenas aquella atractiva sencillez, que tanto gustaba en Taití; por otra parte, la mayoría de los ingleses que en esta isla habitan son la espuma de la sociedad. No puede decirse, no, que sea el país atractivo. Sólo un recuerdo feliz me ha dejado Nueva-Zelanda: Waimate y sus habitantes cristianos.

## CAPITULO XIX

Sydney.—Excursión á Bathurst.—Aspecto de los bosques.—Bandos de indígenas.—Extinción gradual de los indígenas.—Epidemias engendradas por la aglomeración de hombres sanos.—Montañas Azules.—Aspecto de los grandes valles que parecen golfos.—Su origen y formación.—Bathurst; cortesía de las clases inferiores.—Estado de la Sociedad.—Tierra de Van-Diemen.—Hobart Town.—Todos los indígenas desterrados.—Monte Wellington.—Estrecho del Rey Jorge.—Aspecto melancólico del país.—Cuadrilla de indígenas.—Salimos de Australia.

### Australia.

*12 de Enero de 1836.*—Un viento favorable nos empuja casi al rayar el día á la entrada del puerto Jackson. En lugar de ver un país verdegueante y cubierto de casas hermosas, acantilados amarillentos que se extienden hasta donde alcanza la vista, nos recuerdan las costas de Patagonia. Un faro solitario construido con piedras blancas es lo único que nos indica que nos acercamos á una ciudad populosa. Entramos en el puerto que nos parece grande y espacioso: está cerrado por acantilados de gres estratificado horizontalmente. El país, casi llano, está cubierto de árboles miserables: todo indica la esterilidad. A medida que avanzamos va, sin embargo, mejorando; comienzan á verse algunos hoteles hermosos, algunas fincas bonitas á orillas del mar. Más lejos todavía, casas de piedra de dos y tres pisos y molinos de viento, al extre-